PRESENCIA

HACIA LA PACIFICACION DEL PAIS

En el artículo anterior hemos denunciado la política de discordia social que sigue el actual gobierno. Esta discordia está provocada por el fraude de que se siente víctima el país en lo gremial, lo económico, lo político y lo espiritual.

Responsable de este fraude, decíamos, es, en primer lugar, el actual gobierno de la Revolución Libertadora, y con él los partidos políticos de la Junta Consultiva que lo asesoran y las fuerzas armadas que le apoyan. Este fraude se perpetra ante la vista y paciencia del pueblo de la nación que, impotente, nada puede hacer para evitarlo.

Si hemos de tomar con la seriedad que correspondería las palabras del Primer Magistrado en el discurso a las fuerzas armadas pronunciado el 6 de julio del corriente, pareciera que se pudiera abrigar un poco más de optimismo. Es claro que en nuestro artículo nos apoyábamos en hechos y no en palabras. Pero hemos de suponer que las palabras del Presidente encierran buenos propósitos que se traducirán en hechos de aquí en adelante. Aunque el aparente fracaso de conocidas conversaciones no nos debe inspirar demasiado optimismo para estas suposiciones. Pero, en fin, es tal la evidencia de que el país está ansioso por soluciones nacionales que vamos a empeñarnos en creer que también el gobierno quiere comenzar en forma efectiva una política de sentido nacional.

Una fórmula peligrosa de divisionismo

La condición primera e indispensable de pacificación está en que el gobierno se ubique bien en su misión específica de gobierno. Porque si se equivoca y adopta, aunque fuere subconscientemente, una fórmula equivocada, toda su acción adolecerá luego de esta equivocación, trayendo discordia en lugar de paz social. Desgraciadamente el pensamiento iluminista de nuestra *intelligentsia* no deja de ejercer influencia sobre nuestros gobernantes, impregnándolos de una concepción ideológica que deforma toda la realidad. La fórmula que sirve de base a toda la acción gubernativa es ambigua y peligrosa. Dijo en su discurso el señor Presidente: "Quedó allí —directivas básicas del 7.12.55— definido el sentido histórico de la Revolución Libertadora: destruir el totalitarismo y reconstruir la democracia".

Admitimos que esta fórmula puede revestir una interpretación exacta. Porque existió en Perón un intento de implantar un totalitarismo de clase, de donde puede ser legítimo destruirlo y en su lugar reconstruir una auténtica convivencia democrática para todos los sectores de la población. Pero no se trata de esto. Se trata de caracterizar cuanto hizo Perón en sus diez años de gobierno como "totalitario" porque él lo hizo, y contraponerlo con la democracia liberal de los políticos envejecidos por él desplazados. Con esta fórmula se querría substituir la obra de Perón —que aunque fué mala por demagógica y corrompida, tuvo aciertos, sobre todo en su primera época, como social, popular y antilaicista— por una democracia de grupos minoritarios resentidos. Por esto examinaremos la fórmula con algún detenimiento.

El totalitarismo de Perón. — Creemos exagerado hablar del totalitarismo de Perón. Perón no fué capaz de montar un régimen totalitario. Posiblemente lo haya intentado, pero no lo ha realizado. Como ha advertido Pío XII, el Estado "totalitario" "comprime toda legítima vida propia —personal, local y profesional— en una unidad o colectividad mecánica, bajo el sello de la nación, de la raza o de la clase". (2.10.46). El Estado burocrático de Perón fué un verdadero desorden. Arbitrario, discrecional y despótico, en grado máximo, no tuvo organización. Si la Revolución triunfó en pocas horas contra él, fué porque las fuerzas militares y obreras adictas no sólo no funcionaron como una "máquina totalitaria", sino que no funcionaron. Se puede admitir que como desahogo retórico se haya celebrado la liberación del peronismo como el primer caso en que, por un movimiento interno, se produce la caída de un régimen totalitario. Pero se trata de un totalitarismo a la criolla.

Dígase lo mismo de la persecución religiosa. Una persecución realmente totalitaria no habría consentido las manifestaciones públicas que recorrieran las calles céntricas.

Es muy importante dejar bien constatado si Perón logró o no montar una máquina totalitaria. Porque si no la montó no puede ser objetivo revolucionario desmontar una máquina que no existe. Huído Perón y procesados y encarcelados los doscientos cortesanos que le acompañaban, el problema del peronismo estaba solucionado en el país, si se tenía la precaución de gobernar con equidad, sin divisionismo, sin revanchismo, para todos sus habitantes y grupos sociales.

El problema no está hoy, como lo plantean los actuales gobernantes, en liquidar el totalitarismo o los residuos de totalitarismo. El problema está más bien en que los ambiciosos —con el pretexto de liquidación del peronismo— no pretendan desplazar de sus posiciones y puestos a los que los ocupaban para detentar ellos las claves del poder. Y no nos referimos tan sólo a la función y puestos públicos sino también al manejo de la Universidad, diarios, sindicatos y organismos culturales. Demasiado conocido es el fenómeno argentino de que al cambio de un partido político en el poder sucede un cambio total en toda la administración y aun la vida nacional. No es un misterio para nadie que hombres de partidos políticos insignificantes, sin ninguna posibilidad electoral, como los socialistas, demócratas progresistas, radicales unionistas, etc., ocupan puestos de mando en la vida nacional, provincial y municipal del país. La fórmula "destruir el totalitarismo" les ha servido de pleno justificativo.

Pero lo que es más grave, es que dicha fórmula sirva o haya servido también para la reimplantación de la enseñanza laica en el país, la intervención desmédida y arbitraria en los sindicatos, la regimentación de todos los vehículos de difusión, el propósito de reconvertir el país de semiindustrial en agropecuario y por fin para burlar la voluntad mayoritaria del país. Pero vengamos a la segunda parte de la fórmula.

Reconstruir la democracia. — No hay que imaginarse que ésta es una fórmula mágica que tiene poder para inmunizar contra el totalitarismo. Pío XII advierte muy sabiamente que existe una "corrupción que atribuye a la legislación del Estado un poder sin frenos y sin límites, y que hace también del régimen democrático, a pesar de las apariencias contrarias, un puro y simple sistema de absolutismo" (29.12.44). Y nosotros hemos denunciado un totalitarismo de la libertad. (PRESENCIA 23.12.55). Con el pretexto de reconstruir la democracia, el gobierno se constituye en poder discrecional que discierne o no a los ciudadanos su condición de democráticos y, en consecuencia, protege a los que considera tales y oprime a los otros. Surge así un esbozo de totalitarismo porque un grupo de fuerzas, valido de su poderío, oprime a los otros grupos, a los que absorbe y utiliza para sus fines de grupo. No hay ni puede haber, en cambio, sombra de totalitarismo cuando el Estado, promotor del bien común, por encima de todos los sectores particulares, gobierna en beneficio y provecho de todos los ciudadanos y de todos los grupos sociales. Perón utilizaba el poder de los sindicatos para oprimir a la oligarquía; ahora, en cambio, la oligarquía encaramada en el poder, amenaza oprimir a las masas asalariadas. Perón estuvo a punto de armar las milicias obreras para defender y estabilizar su régimen; el actual gobierno arma a los "commandos" civiles para defender la democracia.

La democracia es ambigua y equívoca. No hay duda que puede existir un régimen democrático sano que se proponga la convivencia armónica de todos los grupos sociales de la comunidad. Pero la democracia que padecemos es un producto "ideológico", moldeado en el cerebro intelectualizado de grupos pretenciosos. Se quintaesencia una *categoría mental*, elaborada por los enciclopedistas y que continuaría a través de la línea de Mayo y de Caseros, hasta nuestros intelectuales liberales y socialistas. Esta pretendida "democracia" es toda una concepción de la vida con proyecciones en religión, filosofía, historia, economía y cultura. Todo un saber laicista, de corte liberal o socialista. Quien lo acepta es democrático, quien no lo acepta antidemocrático. Lo curioso del caso, en la actual coyuntura del país, es que un grupo minúsculo, que cuenta con el apoyo de otros grupos dinámicos de las fuerzas armadas, en especial de la Marina, enarbolando esta consigna ideológica de la "democracia y libertad", pretende regir el destino del país, no sólo ahora sino al menos por una generación. Para ello, después de haberse apoderado de todos los puestos claves del país, en el sector cultural, económico y político, y de ejercer un monopolio de la "demo-

cracia y libertad", están preparando un régimen de "normalidad" para institucionalizar su situación.

Por todo ello, si el actual gobierno está realmente dispuesto con lealtad y verdad a gobernar para todos los argentinos, tiene, como primera medida, que ubicarse bien en su misión gubernativa. Y siendo así que la fórmula "destruir el totalitarismo y reconstruir la democracia" puede admitir un sentido ambiguo y engañoso que disfrace un vulgar despotismo, debe, o bien no usarla, o emplearla con tales recaudos que se haga difícil su mala interpretación.

Un orden jurídico estable fundado en la ley natural

Con la fórmula peligrosa antedicha, el gobierno del 13 de noviembre acometió el ejercicio del poder como si todo lo anterior estuviera mal hecho y todo hubiera que hacerlo de nuevo. Abrogó la Constitución del 49 y ni siquiera puso en vigor lisa y llanamente la del 53, sino que la supeditó a la ley superior de unos "fines revolucionarios" que el mismo gobierno por sí y ante sí se determina, siempre en base a aquélla fórmula mágica de "destruir el totalitarismo y reconstruir la democracia". El país está a la merced de terribles esquemas mentales que pueden incendiarle en cualquier momento.

Nuestro país, afortunadamente, no es liberal aunque ama las justas libertades. Los individuos como los pueblos, aman su propio bien y porque le aman consienten sacrificios de bienes más particulares en procura de bienes más universales. Se discute, a veces, qué obtiene primacía, si la libertad o el derecho, y así se afirma que "el fin específico primero del ordenamiento jurídico es asegurar la libertad del hombre". (*Bonifacio del Carril*, Problemas de la Revolución y de la democracia, pág. 16). Pero más rica y abarcadora que la idea de derecho y de libertad es la de bien. Porque el hombre busca su bien ha de subordinar su libertad al derecho. Su libertad es un medio para conseguir su propio bien. Bien que, en definitiva, no lo puede hallar si no en un objeto que es plenitud de bien y que en su transcendencia, mide, regula y dirige los bienes que perfeccionan al hombre. La pura autonomía de su acción libre no implica salud para el hombre. El bien que le perfecciona condiciona no sólo sus acciones del obrar individual sino también del obrar social que constituye el orden jurídico. El orden jurídico, al igual que la libertad, nace así de la idea de bien y en ella se funda. Contraponer libertad y orden jurídico sin hacerles depender de una más alta realidad unificadora es entregar las sociedades a un perpetuo oscilar entre el liberalismo que disocia y subvierte y el despotismo que absorbe y aniquila.

Las sociedades modernas pasan del extremo libertario al totalitario porque al posponer la idea central del Bien con su poder regulador a través de la ley natural, entregan el orden social al positivismo jurídico. "Y es necesario que el orden jurídico se sienta nuevamente ligado al orden moral, sin permitirse traspasar los confines de éste. Ahora bien, el orden moral está esencialmente fundado en Dios, en su ser" (*Pío XII*, 13.11.49).

Un recto orden jurídico, además de ser una realidad que brota de lo mejor del hombre y, a través de éste, de Dios, debe ser una realidad vital nacional. Puede crecer cada día, pero no se crea cada día. Lamentablemente, esto es lo que acaece en países como el nuestro. Se quiere inventar un orden jurídico después de cada revolución. Perón quiso crearlo de nuevo. E igualmente el actual gobierno. La sabiduría tradicional prescribe que no se debe ser fácil en mudar la ley. Y Santo Tomás enseña que en la confección de nuevas leyes debe haber una manifiesta utilidad porque no es aconsejable apartarse del derecho que estuvo en vigor por largo tiempo (1-2, 97, a. 2). Además las leyes nuevas deben adecuarse a las costumbres patrias y ser convenientes al lugar y tiempo (ib. 95, a. 3). Y todo ello es de fácil comprensión. Porque la legislación asegura la estabilidad del país y esta estabilidad proporciona, a su vez, una base de seguridad para que el hombre pueda cumplir un programa de vida en la complejidad de sus múltiples actividades.

Camino de pacificación

Pero, en fin, lo hecho hecho está, y es inútil que queramos referirnos a ello. Miremos más bien al futuro. Un programa de pacificación exige que el gobierno, después de ubicarse adecuadamente en la función que le compete, ponga orden en sí mismo. No es posible que cuatro o cinco centros antagónicos de fuerzas luchen todos los días por apoderarse de los puestos de comando político de la vida nacional. Más grave todavía lo que se ha dado en llamar el gorilismo o el gorilato, en que un grupo de hombres armados acometen las funciones públicas como si fueran posiciones de combate. Gravísimo en grado máximo el que estos grupos de "gorilas" se dediquen a la formación y adiestramiento de "commandos" civiles. Las razones son evidentes para que sea necesario insistir. La paz es el primer bien de la república, fundamento de los otros bienes. Y la paz debe existir primeramente en el gobierno. Uno de los desórdenes graves del gobierno de Perón consistía en que él constituía el primer factor de discordia y que para asegurar la discordia armaba sus huestes. El gobierno de la Revolución Libertadora no puede caer en lo mismo. Cuenta con excesivos elementos armados: Ejército, Marina, Gendarmería, Policía, para que se ocupe en armar a civiles.

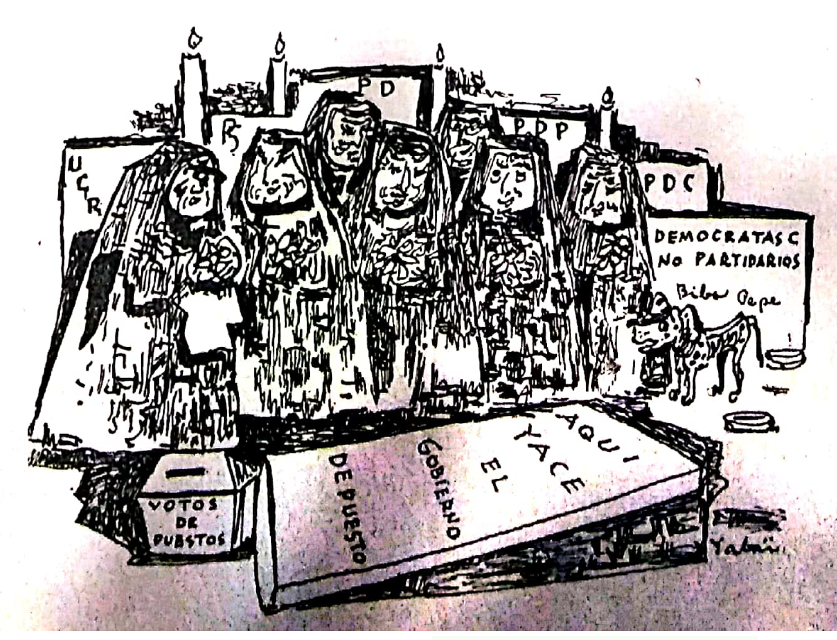
Pacificado el gobierno, recién puede éste entrar en la tarea también urgente de pacificar al país. Sabido es que los sectores más alzados son las zonas industriales del Gran Buenos Aires, Rosario y los obrajes del Norte. Toda nuestra población fabril. Esta población fué visiblemente favorecida por el peronismo. El medio más indicado para tranquilizarla debe consistir en no quitarle nada de lo que le dió Perón, su bienestar económico y sus derechos sindicales. El Presidente Aramburu ha emprendido un buen camino, cuando en su discurso a las fuerzas armadas, ha dicho: "Finalizadas ya las investigaciones, el Gobierno considera que ha llegado la oportunidad de rever tal disposición, levantando las inhabilitaciones para las elecciones sindicales en aquellos que no hayan delinquido".

Si esta medida se aplica efectivamente y con generosidad será un gran paso hacia la pacificación. De inmediato se podrá llamar a elecciones en los gremios, pero modificando antes el actual decreto de Asociaciones Profesionales del 24.5.56, el cual, como tendremos ocasión de estudiarlo oportunamente, no contempla nuestra realidad sindical. Hay quienes sienten temores de que las organizaciones gremiales poderosas se conviertan en instrumentos políticos que hagan difícil la paz social. Pero las organizaciones gremiales adquieren poder político si, como en el caso de Perón, se les entrega este poder. Del gobierno depende que no rebasen el plano de lo gremial. Y aún en ese plano, deben estar reguladas por un sabio Estatuto, como lo deben estar igualmente las organizaciones de empresarios y profesionales, de suerte que se asegure un equitativo equilibrio de fuerzas en el campo económico-social.

Asegurado el camino de pacificación en el campo gremial, recién se puede pasar al plano político. Aquí hay que tener presente la sabia advertencia que apunta Bonifacio del Carril en su reciente libro "Problemas de la Revolución y de la democracia". Escribe allí el autor, en el excelente capítulo, "La Política y la fuerza": "Si la fuerza es utilizada los frutos de la revolución serán inexorablemente malogrados, porque así como la violencia engendra la violencia, toda solución política impuesta por la fuerza, engendra inevitablemente el empleo de la fuerza para salir o concluir con ella".

Dicho de otro modo, si el gobierno de la Revolución Libertadora, valido de su fuerza, se empeña ahora en imponer una solución constitucional que no sea expresión de los anhelos y de la voluntad del país, tendremos otra Revolución —inevitable—, a plazo más o menos corto. Del Carril trae varios ejemplos históricos que ilustran su tesis. Uno de los más cercanos, el de la Revolución del 43, "consecuencia, dice, del estado de falsedad institucional provocado por el empleo de la fuerza en 1932" (pág. 44).

El público, malicioso, intuye en el procedimiento del gobierno y en sus reiteradas consultas a la Junta Consultiva —que comienza por no representar la realidad del país y ser, en cambio, expresión de políticos desplazados sin electorado que los siga— un intento por perpetuar, de una o de otra manera, el fraude, con visos de legalidad. Los más maliciosos se atreven a puntualizar las distintas etapas que contendría el plan. Como primer objetivo se trataría de reducir el número de votantes de la masa asalariada que sufragaba por Perón. Para ello se emplearían dos filtros: el uno, la actualización de domicilios, y el otro, el empadronamiento general que debería efectuarse el 16 de diciembre. Se calcula que con estas dos medidas un



porcentaje grande de sufragantes de los medios más populares, que son los menos informados, los de menos cultura cívica, y los que en las presentes circunstancias no sienten atractivo electoral, quedarán de hecho inhabilitados para intervenir en las elecciones. Ello por una parte. Además con las inhabilitaciones para presentarse como candidatos que afectan a un número de varios millares de ciudadanos dignos y probos, desaparecerá el interés en un número grande de votantes. No les quedará, prácticamente, más remedio que dar su voto por los partidos que integran la Junta Consultiva. Y aún de estos serán burlados los posibles candidatos populares porque se aplicaría la representación proporcional y la elección indirecta, lo que permitiría el juego de combinaciones y componendas con que burlar la voluntad popular.

No falta quien afirma muy en serio que con este plan el gobierno de la Revolución Libertadora espera imponer sus impopulares candidatos.

Sin embargo, se hace difícil pensar que el gobierno pueda estar tramando esta u otra especie de combinación, dada la solemnidad con que acaba de expresarse el señor Presidente a las fuerzas armadas, en su discurso del 6 del corriente. Dijo entonces: "Hemos sido testigos muchas veces, en la escala nacional y aún en menor escala, de cómo los resortes inmensos del Gobierno se han usado desvergonzadamente para tutelar a determinados partidos u hombres políticos".

"Las predilecciones, demostradas u ocultas, se tradujeron en el uso del favor oficial en las más diversas formas, desde el fraude torpe hasta el fraude perfeccionado y técnico".

"Puede decirse, sin temor a caer en una equivocación, que no ha habido forma de favor oficial que no haya sido puesta en práctica".

"La Revolución comparte la repugnancia nacional para con el fraude, y como es dueña de los resortes del Estado que pueden hacerlo o que pueden evitarlo, manifiesta una vez más, categórica y terminantemente, que no ha de permitir ni tolerar nada que sea atentatorio a la libertad del hombre para elegir a sus representantes".

Palabras categóricas, pronunciadas por el primer magistrado en acto solemne a las fuerzas armadas que, hay que suponer, se ajustan a la verdad.

Es claro que para que ellas adquieran una verdad completa y se disipe toda sombra de fraude posible, es necesario dar los instrumentos de radio y de prensa, por igual, a todas las fuerzas políticas, actuales y potenciales del país. Además las elecciones deben verificarse en la forma más amplia posible y con los instrumentos legales que ha utilizado el país hasta la fecha. Deben levantarse todas las inhabilitaciones que pueden pesar sobre electores y elegidos, fuera de las que determine la ley Sáenz Peña. Debe verificarse con esa misma ley electoral. Las palabras de Frondizi en su discurso del 25.6.56, parecen totalmente atinadas y pertinentes: "La Unión Cívica Radical considera que debe mantenerse el sistema de lista incompleta de la llamada ley Sáenz Peña. La revolución no se hizo para arrogarse el derecho de modificar una ley histórica como ésta. Sólo el pueblo puede modificarla... Cada vez que en el país se intentó burlar la voluntad popular, se propusieron o se impusieron reformas de ese sistema electoral, cuando no se lo desvirtuó por la vía del fraude o de la violencia". (*La Nación*, 26.6.56).

Esta es la única tarea del gobierno actual. Llamar cuanto antes a elecciones para asegurar la normalidad constitucional con los instrumentos legales en vigor. A él no le corresponde ni puede corresponderle ni la reforma de la Constitución, ni de la ley electoral ni la de Estatutos políticos. Ninguna innovación que pueda interpretarse como el más leve intento de burlar la voluntad popular.

Abrir, sí, la mayor posibilidad para partidos y candidatos nuevos, sin trabas ni cortapisas, ni censuras ideológicas de ningún género. El pueblo es el único juez de la idoneidad de los que llame a que le representen.

Una política nacional, popular y católica

El gran escollo del momento está en que se intente repetir el error de 1930, burlando la voluntad popular. Los anhelos de esta voluntad se hacen visibles en todos los rincones del país ansiando que se ponga en marcha un nuevo civismo que conjugue lo nacional, lo popular y lo católico. Lo nacional por cuanto el futuro gobierno debe ser expresión de todos los valores que en las diversas corrientes integran la nación. Una de las causas principales que determinó la revolución del 43 fué la de que en el gobierno no encontraran expresión grandes sectores de la vida nacional. No ya los populares pero ni siquiera poderosos sectores de la oligarquía industrial y agropecuaria; y tampoco las generaciones jóvenes de argentinos. Las grandes esperanzas que se puso en esa revolución, fueron defraudadas. Ya antes, la revolución del 30 había sido provocada porque el gobierno del envejecido Irigoyen no respondía a las necesidades y aspiraciones del país. Pero, lamentablemente, la revolución del 30 cayó en manos de viejos y astutos políticos que burlaron la realidad nacional. Y la revolución del 43 fué usufructuada por un demagogo que tomó para bastardearlas las banderas que enarboló la generación del 30-43. Desde entonces el país ha quedado a la espera de sus grandes soluciones nacionales. El país se siente llamado a dar un gran salto. Un gran salto en el plano económico por la movilización de su poderoso potencial de riqueza y aún, aunque menor, en el plano cultural por la actualización de su saber con el ritmo de los primeros países del mundo. El país necesita en el poder hombres capaces de interpretar este movimiento nacional argentino.

Pero la solución nacional no se puede producir sin que, al mismo tiempo, se incorporen a la vida nacional nuestras masas populares. Es visible el divorcio entre el sector que ocupó la Plaza del Congreso el 10 de enero de este año y el otro sector que constituía el auditorio de las manifestaciones peronistas. Perón se ocupó de que sólo el sector popular tuviera acceso a la vida nacional y los actuales gobernantes obran como si sólo los afortunados de la riqueza tuvieran a ella derecho.

Sin embargo, el país está constituído por unos y otros. Por ello mismo, es necesario que el futuro gobierno cuente también con el apoyo de las clases populares. Como hemos escrito en otra ocasión, el sector popular es sano y tiene intuiciones apreciables con respecto a las realidades sociales y políticas y a sus hombres. Su incorporación a la vida nacional no sólo es necesaria sino beneficiosa.

Pero la solución debe ser católica. Ello lo exige nuestra tradición histórica. El país como realidad humana debe estar informado por una doctrina y un espíritu. Este, en nuestro caso, o es el laicismo del liberalismo y del socialismo que conduce al comunismo, o es el catolicismo. La corriente liberal-socialista no ha hecho más que disgregar el país. Ha corrompido su tejido conjuntivo. El catolicismo, en cambio, ha robustecido sus hombres y sus instituciones fundamentales de familia, propiedad y Estado.

Pero el catolicismo, en esta hora, tiene una misión más peculiar. Puede constituir el tejido unitivo entre los diversos grupos de la nacionalidad y, particularmente, entre lo popular y lo nacional.

El catolicismo es vigoroso entre nosotros, en la clase media no alta. En el sector intermedio, entre lo popular y lo alto. Las feligresías de los barrios son ejemplares y se sienten con ímpetu apostólico.

La fuerza de nuestra clase media católica, que se mostró decisiva en los días de la lucha contra Perón, está intacta todavía. Esta clase quedó desconcertada el 13 de noviembre, y contribuyó a aumentar su desconcierto la actitud ambigua del Partido Demócrata Cristiano. Pero día a día las posiciones se han ido clarificando. El Partido Demócrata Cristiano, que es socialismo para uso de los católicos, no ha logrado convencer ni captar el sector representativo de nuestra clase media católica. Esta se inclina de preferencia por el lado nacional y por el lado popular. Ella puede servir de aglutinante admirable para conjugar lo nacional y lo popular. El punto de unión hay que tratar de verificarlo con los representantes obreros que, afortunadamente, se resisten a las ideologías marxistas de comunistas y socialistas y se muestran abiertos a los planteos realistas del bienestar obrero. Hay que tratar de establecer contactos —que han comenzado ya— entre los representantes naturales de la clase media católica y los representantes naturales de las masas asalariadas.

Por la clase media católica se puede realizar en la nacionalidad la conjunción de lo popular con los sectores superiores de la colectividad. Por lo mismo que ésta es una clase intermedia en estado de suma fluidez está en condiciones de actuar como elemento de enlace. Además que la misma doctrina y el espíritu del catolicismo con su enseñanza de la colaboración de clases contribuye a esta unión en un solo cuerpo social.

Fuera de estas consideraciones sociológicas, el país, creemos, está en condiciones para que una política nacional, popular y católica le dé la confianza en sus grandes posibilidades y le restablezca en la senda de grandeza que parece señalarle su destino.

Si el gobierno se empeña en no interpretar esta realidad que surge de las entrañas de la patria y pretende imponer soluciones postizas, el país, falseado políticamente, caerá de convulsión en convulsión, hasta perder su fisonomía nacional y convertirse en simple aunque próspera factoría.

PRESENCIA.

"COMMANDOS" CIVILES

En nuestro editorial del presente número nos referimos a los "commandos" civiles. Pero, dada la gravedad que esto representa para la paz del país vamos a insistir para que nuestras autoridades reflexionen.

Hay muchos grupos de "commandos". Identificados como marinos aparecen trece grupos, denominados MAR. Además hay grupos C.G.T., Casa de Gobierno, Ministerio del Interior, etc.

Además han organizado grupos los partidos políticos, Socialistas, Demócratas progresistas y Radicales unionistas.

Lo más grave es que algunos de estos grupos han sido acogidos, al menos durante unos días, en algunas Casas religiosas.

En estos grupos militan elementos de izquierda que en un momento de confusión no sabemos cómo *defenderán* las Iglesias.

Llamamos la atención a las autoridades. 1º Porque estos grupos no sólo no son necesarios sino que representan un peligro. 2º Porque no hay garantía de que en ellos no haya elementos exaltados, resentidos y extremistas que puedan emplear las armas para fines personales o ideológicos. 3º Porque Casas religiosas podrían aparecer comprometidas con elementos políticos que actúan en función política y con espíritu de facción. 4º Porque no aparece *contra quién* ni *para quién* hayan de actuar estos grupos armados.

PRESENCIA.

¿QUE HACER FRENTE AL

Si es cierto, como lo sufrimos infinidad de veces, que el régimen peronista en sus últimos tres años de gobierno nos llevaba con toda seguridad por el camino oscuro del marxismo, también es cierto que, *en la actualidad, estamos más cerca que nunca de caer en la trampa que tiende a la soberanía argentina el comunismo internacional, perfectamente camuflado tras variopinta gama de asociaciones, entidades, clubes, casas de cultura, etcétera, que actúan todavía con toda independencia, libertad e impunidad, infectando con su virus antisocial a las capas de la comunidad humana más proclives a la proliferación del morbo.*

Perón dejó una masa obrera, campesina y amplios sectores de la clase media *sin comando* y, lo que es más grave, *confundida y caotizada política y socialmente.* Su doctrina justicialista, de "humanista y cristiana", se convirtió, en la práctica, en incendiaria de templos, asaltante de bibliotecas, torturadora de ciudadanos dignos y perseguidora del pensamiento católico y democrático. Esa confusión hizo que mucha gente —que detesta al propio Perón, por su cobardía y por la gran estafa ideológica cometida—, aún no haya encontrado el sendero espiritual amplio y claro que la conduzca *hacia una pacificación de las almas, basadas en el común denominador de la unidad nacional.* Y por eso, aprovechando de esta confusión, de este caos, de esta parálisis mental, el Partido Comunista se lanza a la pesca no sólo de incautos, sino del mayor porcentaje de resentidos posibles, para engrosar sus filas. El comunista, abierta o embozadamente, le dice al peronista que conforma la unidad ciudadana perdida en la inmensa multitud, gris y anónima, que la Iglesia tiene la culpa de la caída de Perón; que las Fuerzas Armadas "traicionaron a Perón"; que el capitalismo internacional (especialmente el norteamericano) financió la *debacle* peronista; en síntesis, el comunismo ataca los tres cimientos más poderosos en que reside la estabilidad y equilibrio de la sociedad argentina: *Religión, Fuerzas Armadas y Capital* (que es sinónimo de fuente de trabajo, riqueza y poder, en la verdadera y honrada acepción del concepto). *El peronista que escucha esta catequización marxista, muy bien dosificada y echada en el cerebro del resentido social, especialmente, en el momento oportuno, no piensa sino en todo aquello que el comunista le presenta como "su" enemigo, e inconscientemente se ubica en el terreno ideológico apto para ser captado por las corrientes de izquierda.* De entre ellas, la comunista, ya que la socialista ha sido muy zarandeada por el propio Perón como adversaria del "justicialismo" y sobre ella, estaban muy bien alertados los trabajadores. *Los comunistas, entonces, hacen todo lo posible, utilizando todos los medios, aún los más inmorales, para que la masa vacante peronista vaya hacia sus redes.* No debemos olvidar que el grueso del proletariado que apoyó a Perón, desde 1945 en adelante, provenía de sindicatos socialistas marxistas, comunistas y anarcosindicalistas. Perón hizo muy poco por "culturizar" socialmente a esas masas, *pues toda su "justicia social" iba dirigida, pura y exclusivamente, al estómago de las mismas.* Cuando los católicos, por intermedio de sus asociaciones —en 1952— quisieron llegar hasta la masa trabajadora, para darle la necesaria capacidad política, desde el punto de vista social-cristiano imperante en lo que va del siglo, Perón se indignó, blasfemó y se puso a gritar que "los curas querían meterse en política" y él no iba a permitirlo. Convocó a la CGT —por intermedio de sus secuaces del Secretariado—, al Partido Peronista (ambas ramas, masculina y femenina), a la Unión de Estudiantes Secundarios, a la Confederación General Universitaria, etc., y comenzó a dar directivas para combatir a los católicos. *Mientras tanto, tendía la mano a los políticos y les invitaba a una "conciliación nacional". Los políticos estaban en plena aceptación del pacto cuando el valiente general Eduardo Lonardi se levanta en armas, apoyado por las juventudes católicas de Córdoba y Buenos Aires y, juntamente con la Armada y la Aeronáutica, derroca al gran estafador.* Llegado Lonardi al poder, los partidos políticos prestan su apoyo y en seguida demuestran su falta de sensibilidad frente al problema, al gran problema, dejado pendiente por el prófugo, que es el económico-social. *Preocupados por el minúsculo problema de la salida electoral de la Revolución, dejan que la única fuerza realmente organizada, bien financiada y que ellos mismos tienen perfectamente infiltrada en sus propios partidos, trabaje a cuatro manos contra la Revolución, e, incluso, contra ellos —aunque bien enmascarados sus fines tras los medios sinuosos, mefistofélicos y bizantinistas del comunismo internacional—: el Partido Comunista.* Por eso, para referirnos al planteo que, sabemos, ahora hace el Partido Comunista sobre la política nacional, necesitábamos antes hacer esta breve introducción.

Qué buscan los comunistas

La nueva estrategia soviética aconseja, a todos los Partidos Comunistas, actuar en la más estrecha alianza con todos los movimientos de izquierda, democráticos, antiimperialistas y "pacifistas" que sean material aprovechable para debilitar las defensas de Occidente, procurando fortalecer, con los mismos, una política de neutralidad allí donde no sea posible apoyar abiertamente la de la Unión Soviética. Es decir, llevar a los pueblos a una "convivencia pacífica" entre capitalismo y comunismo, *siempre que esa convivencia no afecte los planes imperialistas totalitarios del comunismo y sí, en cambio, posibilite la destrucción de las potencias antibolcheviques occidentales.* Para predicar esa política, los comunistas, con la debida anticipación —como lo hicieron cuando Georges Dimitroff impusiera tras las sesiones del VII° Congreso de la Tercera Internacional, la teoría del Frente Popular— introdujeron sus células de agitación y catequización en los partidos democráticos, centrales obreras, uniones campesinas, centros culturales, universidades, etc., más fáciles de hacer virar, en un momento dado, hacia sus objetivos. Por eso vemos hoy con qué facilidad, por ejemplo, periódicos pertenecientes a las tendencias de la Unión Cívica Radical, Partido Socialista, Partido Demócrata Progresista y otros, *hacen sincronizadamente una campaña machacante sobre los mismos problemas y las mismas soluciones que trata y propicia el Partido Comunista.* Pruebas. Aquí van.

Sospechosa Coordinación

"Nuestra Palabra", de fecha 18 de abril, trata el problema de "las elecciones a corto plazo". El P. C. de la Argentina (lo mismo que todos los de América Latina), *desea forjar, en estos años, el Frente Democrático Nacional, o sea el Frente Popular corregido y aumentado de otrora.* Con tal motivo dice "Nuestra Palabra": "Para aliviar la tensión interna es necesario hacer triunfar el principio de la convivencia democrática. Y para lograrlo se debe establecer en firme las libertades democráticas para todos y convocar las elecciones dentro del año en curso. Con la participación activa de los partidos políticos, sin excepción, pueden depurarse los padrones en un plazo sumamente breve". Y prosigue: "No se puede seguir viviendo bajo el imperio de los decretos leyes. No se puede prolongar por mucho tiempo más la provisionalidad, sin que se corra el grave riesgo de sumir al país en el caos de los golpes y contragolpes y aumentar los peligros de guerra civil. Este punto de vista *va siendo compartido por otros sectores y personalidades políticas.* A. L. Palacios, en el mitin del Luna Park, reclamó «elecciones cuanto antes», lo que es apoyado por otros militantes socialistas. El C. N. de la U. C. R. que preside Frondizi, ha reclamado que se fije fecha para las elecciones. Lo mismo hizo la reunión de Villa María de los intransigentes nacionales que preside Sabattini. También reclaman elecciones el P. D. Progresista, el Laborismo y una parte de los Demócratas Cristianos de diversos matices. «Que se convoque a elecciones» es el sentir de la mayoría de la opinión pública nacional.". Y termina: "La unión de las fuerzas democráticas y progresistas *sobre las bases que son comunes a todas ellas,* puede derrotar a las fuerzas que conspiran contra la voluntad popular y puede asegurar el proceso de firme democratización del país".

Analizaremos dónde está la trampa.

Combinaciones suicidas que auspician los comunistas

Los comunistas auspician aquí la creación de un Frente Democrático Nacional, por las siguientes razones: 1°) porque ellos saben bien que las fuerzas de los católicos, *todas unidas en pro de la salvación de la Patria,* ante la amenaza de los avances acelerados del marxismo o de una coalición de izquierdas que nos precipite a una República Española tipo Prieto, Largo Caballero o Negrín, puede obtener el triunfo en una futura elección, aunque sea apoyando una concordancia de partidos que ofrezca las imprescindibles garantías de respetar y sostener los orígenes y razón de ser de la Argentina: Catolicidad, libertad, espíritu castrense, sindicalismo social-cristiano, soberanía e independencia nacional; 2°) que luego de la experiencia demagógica de Perón y su desbordamiento político social, recuperada la República de las inquietudes y nerviosismos propios de todo período inmediato postrevolucionario, es absolutamente cierto que todos los sectores sociales vinculados al trabajo: obreros, campesinos, clases medias, gran burguesía industrial, e incluso estancieros, capitalistas e inversores financieros *con un alto sentido humano de lo que debe ser el uso del capital,* anhelan *paz y justicia,* restaurar las instituciones que fueron holladas por el malón peronista de los últimos tres años, y producir más y más riqueza para que la Argentina sea la nación que todos respetan y no una colonia *southamericana* de las que tanto abundan aún hoy, por no saber galvanizar a tiempo su unidad nacional en base al propio sacrificio, la propia idiosincrasia y su propia tradición ideológica; 3°) porque si ellos saben aprovechar con tiempo la confusión y el caos, ni dejarán reorganizarse a los partidos tradicionales, ni dejarán gobernar al "provisionalismo" —como le llaman— ni dejarán unir a los anticomunistas (a través del signo de la V y la Cruz) *que serán los únicos realmente inconquistables e imbatibles por los marxistas, en cualquier terreno y en cualquier momento;* 4°) porque ellos, con sus instrumentos de infiltración, creen que ya tienen maduras las tendencias "antiimperialistas", "laicistas", "democráticas progresistas", etc., *dentro de partidos tradicionales de pasta nacionalista auténtica* —caso de la U. C. R. o del Partido Demócrata Nacional, por no citar sino los más antiguos—, así como en el Partido Socialista y los gremios, donde trabajan muy bien a la masa vacante peronista por intermedio del Movimiento Pro-Democratización e Independencia de los Sindicatos y las respectivas células de los trotzkystas, enroladas en la Unión Obrera Revolucionaria y el Partido Obrero Revolucionario. Asimismo, por intermedio del semanario *"Propósitos"*, dirigido por el comunista Leónidas Barletta, van penetrando en la masa intelectual universitaria estudiantil y del profesorado, mientras por otro flanco, con la *"Casa Argentina de Cultura"*, *van integrando equipos técnicos* de ingenieros, abogados, médicos, economistas, etc., *para utilizarlos en un futuro gobierno de Frente Democrático Nacional, si éste triunfara,* ya que siempre logra la victoria mucho más pronto una minoría organizada que una mayoría desorganizada. Mientras los caudillos

PELIGRO COMUNISTA?

de los partidos políticos, recomiendan hombre por hombre, sin pesar méritos intelectuales, *los comunistas recomiendan o infiltran equipos que se posesionan de las llaves y claves del Estado y desde allí gobiernan, aunque el cincuenta o sesenta por ciento de un gobierno no sea comunista o, incluso, sea anticomunista.* Esta estrategia fué empleada muy inteligentemente, muy hábilmente, en Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania, Italia y Francia, especialmente, en la postguerra de 1945. En 1946 y 1948 casi todos los gobiernos de los países mencionados eran comunistas o con tendencia hacia una izquierda avanzada. En 1950 ya eran comunistas netos, *desde arriba*, Checoeslovaquia, Hungría, Polonia y Rumania; Italia y Francia se salvaron "por un pelo", como se dice, *por los esfuerzos heroicos de las democracias cristianas, el catolicismo derechista, las derechas y partidos centristas de corte ideológico conservador* (no reaccionario) *que más que a la cuestión electoral miraron al destino de la patria y, uniéndose, la salvaron, salvando también sus cabezas. Esa estrategia peligrosa para la comunidad, esas combinaciones suicidas para la democracia argentina, son las que actualmente el comunismo quiere llevar a la práctica en nuestro país.* Para eso siembra, primero, en los campos políticos ajenos, las bases de sus grandes líneas políticas inmediatas pro-soviéticas, alentando incluso nacionalismos rayanos en la xenofobia y un liberalismo jacobino de madera afrancesada, que resulta muy simpático a los cráneos huecos que se enjuagan la boca diariamente con la "libertad, igualdad y fraternidad", aunque la sombra de la guillotina les hable del inminente peligro de perder su propia cabeza, sin que el ingenuo o estúpido megáfono liberal lo presienta.

Campaña deletérea

Muchos comunistas se encuentran en estos momentos emboscados en diarios, revistas y radios, *herramientas de propaganda —formidables— para quien las sabe usar en su provecho.* Clemente Cimorra, Alejandro Casona y María Teresa León, tres ases del comunismo español cuando la guerra civil que asolara la Madre Patria, lanzan semanalmente por las ondas de las principales cadenas radiofónicas de Buenos Aires, por ejemplo, sus "comentarios", que van impregnados de ateísmo, marxismo y superliberalismo izquierdizante. La revista "*Mundo Argentino*" se ha convertido en una tribuna de difusión de las ideas, planteos y soluciones marxistas, teniendo allí el señor Abel Alexis Latendorf cuantas páginas quiere, para hacer campaña antiimperialista, más que al servicio del socialismo, donde él personalmente milita, del Partido Comunista, ya que sus conclusiones son las mismas que responsables de la agitación antiimperialista intelectual publican en los órganos de prensa comunista, que elogian siempre al señor Latendorf, como si el aplauso fuera no un aliciente sino una aprobación de su labor, incitándole a proseguirla con más ahinco. En el diario "El Ciudadano", de cepa radical, colaboraban W. Melgarejo Muñoz, Leónidas Barletta y otros, que son comunistas de antigua militancia. "Palabra Radical", "Gaceta Argentina" —que también se identifica como radical—; "Progresista", órgano del Partido Demócrata Progresista; "Futuro", de la Juventud del Partido Socialista; "Juventud Radical", etc., hacen una prédica semanal, que se distribuye por miles de ejemplares, TOTALMENTE COINCIDENTES CON LA DE LOS PLUMÍFEROS DEL PARTIDO COMUNISTA. ¿Podemos decir que todo esto es *mera coincidencia, o que todo responde a un plan de coordinación de temas, planteos y soluciones de problemas nacionales, en lo económico-político-social, que empuja a las fuerzas políticas de las que aquellos órganos son representantes, a aceptar y apoyar la creación de un Frente Democrático Nacional* DESDE ABAJO, *obligadas por la presión de las masas afiliadas, tal como lo quiere el Comunismo, desde Lenin a Kruschev?*

Al respecto llama la atención el *ataque frontal* que llevan todas estas publicaciones, y otras también, contra los Estados Unidos de Norte América e Inglaterra, como *pivotes de la alianza anticomunista de los países occidentales;* la prédica de un *laicismo violento* que, muchas veces, cae en lo antirreligioso; los francos o velados *ataques contra ex-ministros y funcionarios del gobierno provisional e incluso contra las Fuerzas Armadas,* tildándolos de "antidemocráticos", "pronazis", "totalitarios", etc. También llama poderosamente la atención la unidad de criterio en cuanto a la defensa de cualquier situación creada por la Federación Universitaria Argentina, que acusa gran infiltración marxista en sus cuadros más activos y pugnaces, y la simultaneidad y paralelismo de enfoques en cuanto a la "reforma agraria", "plan de nacionalizaciones", "reestructuración de la C. G. T.", etc. Los comunistas ya se creen tan seguros de haber conquistado una situación de privilegio en cuanto a la forja de un Frente Democrático Nacional, que "Juventud" ("vocero de la Federación Juvenil Comunista"), en su número de la primera quincena de abril del corriente año, dice, sin ambajes: "Como es lógico, las publicaciones democráticas reflejan el clamor popular que la situación actual levanta como una polvareda. «Palabra Radical», «Gaceta Argentina», «Progresista», «Propósitos», las publicaciones de nuestro Partido y todas las que mantienen alta su dignidad periodística, se hacen eco de los problemas candentes de la hora. El Círculo de la Prensa y la Federación Argentina de Periodistas mantienen el honor profesional. Pero... hay sectores incrustados en el gobierno provisional, a los que la libertad de prensa les da escalofríos. Que lo digan los señores Lanús y Bao desde sus sillones en la Secretaría de Prensa. Hay que adoptar medidas para que la prensa respete los intereses de la oligarquía y de nuestros amigos los monopolios norteamericanos. Hay que intimidarla. Para ello, hay que comenzar por proscribir la voz de los comunistas. Y sobre todo a estos jovenzuelos que se arrogan el derecho de llamar a la unidad de acción". Luego dice, entre otras cosas, en su plan de agitación: "Venimos a decir que las riquezas nacionales son intocables; que el futuro de la juventud se juega con los empréstitos y las bienvenidas a los capitales extranjeros; que las negociaciones económicas con todos los países deben establecerse sobre la premisa de nuestra soberanía; *que es necesario convocar a elecciones cuanto antes.* Y venimos, en fin, para poner en alerta a todos los sectores de la juventud ante nuestro propio caso, que puede extenderse a ellos sin que quepan sorpresas. Sería un error grave olvidar la experiencia que sufrimos durante el gobierno peronista. Sabemos que, con respecto a lo dicho, «Futuro», «Política» o «Juventud Radical», no están en desacuerdo con nosotros. Nuestro llamado a la unidad de acción por una verdadera libertad de prensa tiene vigencia hoy como ayer".

Por supuesto que no vamos a perder tiempo en analizar los infundios de los comunistas, *defensores de la "libertad de prensa" aquí, pero mantenedores de la más asfixiante esclavitud mental en Rusia.* Lo que nos interesa es demostrar cómo ellos mismos se encargan, entusiastamente, de destacar la sincronización de sus campañas con las de otros órganos periodísticos que, voceros de otros partidos, *se sitúan en el terreno marxista.* Es esta acción deletérea del Partido Comunista la que ya le ha dado 106.000 afiliados, tendiendo su caña de pescar incautos en las turbulentas aguas de la confusión ideológica, dejada por el peronismo y mantenida por los viejos partidos liberales. De esos 106.000 afiliados, 36.000 se dice que son ex-peronistas de todo el país que han pasado a engrosar las filas del partido de la troika Codovilla-Ghioldi-Larralde. La Federación Juvenil Comunista, por su parte, hasta abril, ha reunido 7.466 nuevos afiliados, superando un plan de 5.000 que se había impuesto. ¿Cuántos de todos aquellos afiliados, además de ser leales al Partido Comunista, no tendrán fichas de otros partidos, desde hace años? *¿Cuántos miles de afiliados comunistas se encuentran infiltrados en los partidos tradicionales argentinos?* Eso es lo que todavía nadie sabe, pero que una elección nos puede revelar. Yo aseguro que si ello sucediera, el



Partido Comunista daría una verdadera sorpresa. Por eso insisto en que este peligro debe ser conjurado.

Aparatos rojos en acción

El Partido Comunista cuenta con 106.000 afiliados, pero con los simpatizantes, "compañeros de viaje", infiltrados en otros partidos, federaciones obreras, sindicatos agrarios, frentes estudiantiles, uniones femeninas, etc., *su volumen electoral se calcula en unos 300 mil votos.* El hecho de que el comunismo haya avanzado tanto tiene su explicación, en este país, en la política peronista pasada y en los desaciertos económicos y sociales del actual gobierno. *Perón permitió la colaboración de los comunistas en muchos aspectos de su gobierno y dió vida a la diversificación táctica del movimiento comunista en otros tres más, aparte del P. C. ya existente.* Esas organizaciones nuevas se llamaron Partido Socialista de la Revolución Nacional, Movimiento Obrero Comunista y Partido Obrero Independiente, este último de tendencia trotzkysta. Hoy tales títulos han desaparecido, pero sus elementos siguen accionando lo mismo. Los trotzkystas han formado la *Unión Obrera Revolucionaria* y el *Partido Obrero Revolucionario*, que publican los periódicos "Voz Proletaria" y "El Militante", respectivamente. El gobierno del general Aramburu disolvió por decreto el Partido Socialista de la Revolución Nacional, pero se sabe que actúa clandestinamente, junto con el peronismo. *Estos movimientos tienen mucha fuerza en determinados sectores sindicales, especialmente de las industrias textiles y metalúrgicas.*

El Partido Comunista, dependiente directamente de Moscú, trabaja con los siguientes aparatos: Comité Central y Comité Ejecutivo; Federación Juvenil Comunista; Movimiento Pro-Democratización e Independencia de los Sindicatos; Movimiento de los Partidarios de la Paz; Unión Mujeres Argentinas; Instituto de Relaciones Culturales Argentina - URSS (IRCAU), que mantiene estrechas relaciones con la embajada soviética, de Buenos Aires; Casa Argentina de Cultura; Federación de Teatros Independientes; Asociación Argentina de Artistas Plásticos; Comisión Argentina Pro - Fomento del Intercambio (CAFI), afiliada al Comité para el Fomento del Comercio Internacional, creado en Moscú, en abril de 1952; Estudiantes Latinoamericanos Residentes en la Argentina; Liga Argentina por los Derechos del Hombre; Grupos Idiomáticos; Asociación Asiática; Movimiento Pan-Arabe y Movimiento de Unidad entre Agricultores y Obreros Rurales.

Además de estos aparatos específicos, acciona con los siguientes colaterales o paralelos: Teatro del Pueblo, Los Independientes, La Máscara y otros; Jóvenes Estudiantes de Bellas Artes; Federación Americana de Estudiantes; Asociación Argentina de Cultura China; Comisión Económica Asesora para el Comercio Argentino-Chino; Organización Muchachas Argentinas; Comisión Pro-Abolición de las Torturas; Comisión Pro-Defensa de la Libertad y Presos Políticos; Acción Laica Argentina; Centro Cultural "M. Anielewicz" (que nuclea a los grupos paneslavos); Frente Patriótico de la Juventud; Comisiones Deportivas (más de 40 clubes de barrio); Comisión Marítima por la Paz; Consejo Israelita por la Paz; Consejo Austriaco por la Paz; Centros Republicanos Españoles; Unión de Mujeres Españolas en la Argentina; Gente de Teatro-Radio-Cine y TV; Asociación "Amigos de Guatemala"; Consejo Integral de la Infancia Argentina; Comisión Argentina por la Abolición de las Armas Atómicas; células de infiltración en la Federación Universitaria Argentina, etc.

Los comunistas publican los siguientes periódicos: Nuestra Palabra, órgano oficial del partido; Nueva Era, revista doctrinaria oficial, dirigida por Victorio Codovilla; Nuestras Mujeres; Juventud; Tierra Nuestra; Propósitos; Vocero; España Independiente; Unidad Sindical; Cuadernos de Cultura; Cultura China; Anahí; Tribuna; Argentina-URSS; Derechos del Hombre y otros. En total, por semana, el P. C. lanza más de trescientos mil ejemplares entre todas sus publicaciones, lo que resume más de un millón, en un mes. Esta cifra es muy importante si consideramos que la Argentina tiene unos 18.000.000 de habitantes.

Además de toda esta propaganda, entran a la Argentina, desde el extranjero, miles de revistas impresas en español en Rusia, o en países que se encuentran más allá de la Cortina de Hierro.

También llega mucha propaganda desde Peiping (China roja).

Miles de comunistas argentinos reciben, desde Moscú, la revista teórica "Tiempos Nuevos". Otros, "La Mujer Soviética". Muchos "El Cine Checoeslovaco", que se distribuye desde Praga, lo mismo que "Mundo Estudiantil", vocero de la Unión Internacional de Estudiantes y el "Boletín de Informaciones", de la misma entidad. Hasta hace poco se recibió "Por una paz duradera, por una democracia popular", órgano oficial del Cominform, que se editaba en Bucarest (Rumania).

En Buenos Aires tampoco guardan silencio las representaciones diplomáticas comunistas. La Embajada de la URSS lanza por millares la revista de propaganda "Novedades de la Unión Soviética", que se vende a un precio irrisorio. La Legación de la República Popular de Rumania, el "Boletín Rumano"; la Legación Polaca "Polonia", etc.

En cuanto a los señores Ignatiev, Alexeiex y Kutznezov, de la Embajada de la URSS en la Argentina, podemos decir que sus conferencias y andanzas por el interior del país constituyen buena base para la propaganda comunista. ¿Vigila alguien estos desplazamientos diplomáticos que adquieren, tras la niebla "cultural", la característica de agitación marxista?

El deber de la hora

¿Hay quién contrarreste valientemente esta ola de penetración subversiva, marxista-leninista, dentro de nuestro país?

¿Hay quién la denuncie?

¿Por qué no se pone ahora, en combatir el totalitarismo terrorista y criminal de la Unión Soviética y sus satélites, el mismo empeño que antes se puso en condenar y perseguir al nazi-fascismo?

¿Por qué diarios como "La Prensa", "La Nación" y otros, que se dicen "anticomunistas", "antitotalitarios" y defensores de la "libertad y la democracia", siguen recibiendo los avisos de propaganda de empresas y firmas industriales y comerciales que operan desde los países esclavizados por el totalitarismo soviético, como apéndices del *estatismo* marxista?

¿Por qué los diarios que he mencionado y otros, como "Clarín", "La Razón", "Noticias Gráficas", "El Ciudadano", "Crítica", etc., siguen publicando noticias referentes a actos de propaganda comunista, ya sea de organismos partidarios o colaterales?

¿Por qué aún se mantiene en la Universidad —sea dentro de su elenco profesoral o Rectorado, en Buenos Aires y en el Interior— a elementos afiliados al Partido Comunista, o reconocidamente "amigos" de los comunistas, y, muchos de ellos, o casi todos, militantes en sus aparatos colaterales?

¿Se está ciego frente al peligro, o hay complicidad culpable? ¿Se quiere, leal y realmente, defender la libertad, la democracia y la soberanía argentinas, o hay una confabulación siniestra contra la Patria, que comparten aún aquellos que se autotitulan "figuras consulares" de la Nación?

Nosotros creemos que no debe perderse de vista el *peligro número uno* que existe en el país: EL PELIGRO COMUNISTA.

Lo dijimos desde estas mismas páginas, hace un semestre: jugar al "kerenskysmo" es igual que darle a una criatura de cinco años, para que se divierta, un cartucho de dinamita y un fósforo encendido.

La democracia es buena cuando ella misma derrota a los agentes que pretenden destruirla, conspirando día y noche desde las entrañas infectas del liberalismo racionalista, masónico y ateo. Pero la democracia no es buena cuando facilita que aquellos agentes se erijan en conductores del desorden, el caos y la rebelión sangrienta, al servicio de imperialismos foráneos y doctrinas cavernarias, reaccionarias y esclavistas.

El comunismo es todo eso. Y mucho más aún: es el quinto jinete de un Apocalipsis horroroso, peor que la peste, el hambre, la guerra y la locura del vicio, porque hace del hombre un autómata, un ser insensible, calculador, malintencionado, criminal y astuto, al servicio de la Mala fe.

Quien hoy no sea capaz de luchar contra esa gran conspiración extranjera que se alienta, sostiene y organiza contra la Patria, no merece llamarse católico, ni argentino.

Los católicos y argentinos esperamos que la ley sea inflexible con los que se ponen al servicio de la Unión Soviética y el Partido Comunista, su cordón umbilical ideológico, dentro de las fronteras territoriales de la Patria. Desde ya advertimos que si la ley es impotente para contener los avances del totalitarismo rojo, siempre la Constitución nos garantiza el derecho de armarnos en defensa de la Patria y de sus Instituciones, ULTIMA RATIO a la cual apelan los pueblos viriles, cuando ven peligrar, al borde del abismo anárquico, su pasado de gloria y su porvenir de grandeza.

Repitamos y grabemos en nuestros espíritus, las sabias palabras de monseñor Fulton Sheen: "El co-

LA NUEVA

El país surgido de la revolución de setiembre, en la era post-peronista, presenta a los ojos del observador político un panorama de indudable interés. A medida que este panorama va definiéndose y aclarándose por el transcurso del tiempo revolucionario se va haciendo cada vez más neta la existencia de una nueva realidad política argentina.

Son muchos los que hoy se niegan a reconocer la existencia indudible de esta nueva realidad —entre ellos, como veremos, el Gobierno Provisional—, pero los síntomas del cambio son tan graves, tan precisos y tan concordantes, que constituye una inexplicable ceguera política el desconocer ese cambio y proceder en consecuencia.

Comencemos pues por analizar los síntomas del cambio operado en el país, a fin de poder luego determinar debidamente su naturaleza y el programa político que impone a las autoridades.

El primer síntoma, el que con más nitidez aparece a la vista del observador superficial, es la afinidad de las soluciones políticas propuestas por los partidos con derecho al uso de la palabra y al uso de los medios de difusión. En 1956, el radicalismo unionista, el socialismo de "La Vanguardia", el conservadorismo de Aguirre Cámara, la democracia progresista, y la democracia cristiana de Ordónez, se encuentran identificados en la representación de un mismo sector de la ciudadanía que para mejor entendernos denominaremos el sector "liberal". El hecho de que, hombres provenientes de tan diversos orígenes y que otrora representaran posiciones diametralmente encontradas, concuerdan hoy totalmente en las soluciones concretas y abstractas de los principales problemas del país, es ya un primer indicio de que existe alguna nueva realidad que les imprime esa cohesión.

Ahora bien, si salimos de este síntoma más externo y visible, reflejado cotidianamente en la prensa oficial, y nos adentramos en la vida interna de los partidos, ya algo más disimulada por esa misma prensa, descubriremos que en el seno de todos ellos —con excepción del Demócrata Progresista (excepción que confirma la regla)— se ha producido una honda división interna en dos fracciones bien netas; de las cuales, una goza del favor oficial y la otra debe limitarse a aparecer más o menos clau-

munismo es la tragedia de la libertad".

Y, agreguemos: para salvar la libertad del odio comunista hay que practicar una verdadera democracia y ejercitar los principios de una auténtica libertad. Democracia y libertad que sólo se encuentran en la doctrina católica, porque ella se origina en el concepto maravilloso de Aquel que dijo: "Yo soy la Verdad" y "la Verdad os hará libres".

ALBERTO DANIEL FALERONI.

REALIDAD

destinamente. Pulsemos el ritmo de esas divisiones en los diversos partidos tradicionales, para poder alcanzar su sentido íntimo.

Es indudable que la que mayor estado público ha alcanzado hasta hoy es la división de la Unión Cívica Radical.

El radicalismo nace en la Argentina como fuerza política popular, es un fenómeno de masas que llega a imponerse política y electoralmente como tal. 1943 lo sorprende en el destierro, y el fenómeno peronista, de neto cuño popular, le arrebata su clientela natural, ofreciéndole a su vez la nueva clientela de la oposición al régimen de Perón. Los hechos del año pasado colocan al radicalismo en la disyuntiva de mantener el electorado antiperonista en connivencia con los partidos que aspiran a lo mismo o de buscar nuevas soluciones más acordes con su origen popular. El ala unionista prefiere la primera solución y se entiende con los liberales; el ala intransigente se pronuncia en el segundo sentido, pero comprendiendo que la apelación a lo popular en 1956 no puede revestir las mismas formas que 40 años antes, se impregna de las modernas ideologías de la izquierda marxista ofreciéndolas como solución popular a un país que nunca las ha intentado en gran escala y que íntimamente no las aceptó cuando Perón las ensayó en los últimos años. Naturalmente, la masa partidaria más joven y con más sentido del espíritu del momento prefiere la segunda solución y acepta a quien la propugna, el Dr. Frondizi. Nos parece que si bien la posición del ala intransigente vuelve a la pretensión popular del radicalismo, original, yrigoyenista, se aparta totalmente de éste en cuanto acepta, casi sin beneficio de inventario, las ideologías marxistas en boga.

Fenómeno similar de división se produce en el conservadorismo. Aguirre Cámara y Solano Lima representan en este partido, respectivamente, al sector estático y al sector dinámico. El primero se funde con el conglomerado de partidos liberales y oficialistas, el segundo intenta un acercamiento, y, eventualmente, una coalición electoral con lo que —también para mejor entendernos— llamaremos "lonardismo". La apelación de Solano Lima a lo popular y a lo real la realiza evidentemente en forma "conservadora" en el marco de las tradiciones argentinas, y, a nuestro entender, con una mejor comprensión que Frondizi del fenómeno peronista, que no fué —sino en la mente de Perón de última hora y de algunos ideólogos que le rodeaban—, un fenómeno marxista; sino un fenómeno argentino peculiar.

La división en el socialismo ha quedado manifiesta desde el último congreso partidario en que el ala liberal del partido fué denunciada severamente por elementos nuevos que buscan la aplicación más estricta de los principios marxistas. No obstante, la encrucijada del socialismo argentino, como la de todos los socialismos, reside en su hibridez entre las concepciones liberales y el comunismo pleno, hibridez que produce un equilibrio inestable rápidamente superable.

En sentido diverso el Partido Demócrata Cristiano se encuentra asimismo en un equilibrio inestable. La hibridez en este caso proviene de una composición entre un elemento liberal y un elemento social-católico que de ninguna manera pueden convivir, dada la sana formación antiliberal de la masa católica argentina.

Otro de los síntomas del cambio operado en la faz política de nuestro país consiste en la multiplicación de los grupos partidarios nuevos que creen interpretar las exigencias de la nueva realidad argentina. Así en poco tiempo hemos visto nacer La Unión Federal, el Partido Social Demócrata, el Laborismo, el Laborismo Cristiano, la Unión Republicana, etc., casi todos ellos alejados totalmente de los planteos políticos tradicionales, que consideran caducos, y buscando una renovación institucional ajena a la vieja conformación liberal.

Algunos de estos partidos junto quizá al doctor Solano Lima y un importante sector independiente de la población, adhieren más o menos explícitamente al programa esbozado por el general Lonardi en el poco tiempo en que ejerció el poder. De acentuarse los evidentes tropiezos que en el orden social va teniendo el Gobierno Provisional es más que probable que una coalición de este tipo de fuerzas pueda tener una significación decisiva.

Ante toda esta intensa actividad política resulta otro síntoma, que se debe tener presente, la total indiferencia con que un importante sector de la población —probablemente mayoritario— ausculta la situación.

La masa obrera, en la Argentina, nunca ha aceptado planteos estrictamente político-partidarios, y se le importa muy poco de las diferencias que se suscitan por motivos ideológicos; anhela una situación política propicia a la paz y al bienestar social, y si el Gobierno Provisional no crea una situación extrema, adherirá a quien sepa proporcionársela.

Este "status" da al actual momento político un carácter de indefinición propicio a las fuerzas nuevas, capaces de interpretar esa exigencia nacional, sin prejuicios, con inteligencia y con buenas intenciones.

Hasta aquí el panorama objetivo.

El análisis de este panorama nos lleva ineludiblemente a inducir que los viejos cuadros políticos argentinos, después del peronismo, han quedado totalmente subvertidos. El intento de totalitarismo popular, que a lo largo de doce años se fué concretando en nuestro país hasta llegar al extremo que hizo incompatible su permanencia con el bienestar común, ha dejado hondísimas huellas no solamente en el sector que lo defendió hasta último momento sino en quienes en la primera o segunda hora lo atacaron.

Nos guste o no nos guste, las clases desposeídas tienen hoy un lugar principalísimo en la vida institucional argentina y es precisamente la aceptación o no aceptación de esa realidad la que ha dividido entre sí a los sostenedores de todas las corrientes partidarias postulantes de la conquista del poder. La vigencia de esta realidad por parte de quienes la aceptan, lleva consigo una reforma total de muchísimos otros aspectos de la estructura liberal tal como se daba en 1943. El decir que "...las conquistas sociales serán respetadas" —cosa que hoy nadie se atreve a contradecir— implica toda una renovación de la estructura sindical, jurídica, política, social, económica, educacional, etc. Si bajo la estructura liberal esas conquistas no se lograron, no es porque ello no se les antojara a quienes tuvieron el gobierno en esa época, sino porque bajo una tal estructura es imposible otorgar un lugar adecuado a cada capa social.

Cuando se produce la revolución libertadora, el problema que a los libertadores se plantea —y no podía ser otro— es el de saber si el derrocamiento del tirano se hace con la finalidad de obtener la máxima conquista social, la Libertad, o si se hace para volver al liberalismo. Encauzada por la línea liberal de todos los partidos la revolución de setiembre deja de ser —en noviembre— "libertadora", para convertirse en "liberalizadora".

Sin embargo esa ruta en que la revolución se embarca, nada puede contra la palpitante realidad del país, que se ha divorciado de sus antiguos tutores y que si dió el gran paso de divorciarse del otro Tutor, fué precisamente en busca de una solución integradora en la que fueran posibles la libertad y la paz.

El nuevo Tutor había incurrido en el gran error de muchos antiliberales, al acabar con la libertad, en vez de acabar con el liberalismo, tarea que, por otra parte, resultaba mucho más simple.

El país de hoy quiere orden social y paz con libertad. Tal es lo que resulta de las más auténticas expresiones del alma argentina en los últimos tiempos. Cualquiera que se oponga a la vigencia de esta fórmula está en contra del país, y tarde o temprano el país lo dejará de lado.

De las tendencias que hemos analizado creemos que la que mejor puede llevar adelante esta fórmula, es la que ha sabido vivir al día los problemas del país, la que supo decretar la guerra el 16 de setiembre porque Perón no podía ser ya tolerado, pero, sobre todo, la que supo decretar la paz el 23 de setiembre porque comprendió que el país estaba cansado de panfletos, conspiraciones, confinamientos, revoluciones, monopolios periodísticos y educacionales, etc.

Esta fué la gran visión de este grande hombre que se llamó el general Lonardi. El gran error de los que el 13 de noviembre rompieron nuevamente las hostilidades fué el de ponerse en contra de esa corriente, que representaba el más alto lugar que históricamente había alcanzado el país.

Es el Gobierno Provisional quien sobre este asunto debe decir una palabra fundamental, que todavía no ha pronunciado.

Hasta hoy todos los indicios con que contamos acerca del gobierno novembrista no pueden llevarnos sino a suponer que cree todavía en la vigencia de la estructura política anterior a 1943. Al mantenimiento ficticio de esa estructura está dirigida toda la acción política oficial, lo cual en la Argentina de hoy como en la peronista significa: el monopolio de los medios de difusión (prensa, radio, etc.), el monopolio de la educación, el monopolio del control sindical, el monopolio del control económico, el poder policial, la fuerza militar, la reducción de las fuerzas católicas al ámbito estrictamente espiritual, etc.

Todo el aparato político se dirige al afianzamiento de las líneas liberales de los partidos viejos y nuevos. La confusión que algunos marinos y militares padecen hoy, los lleva a identificar lo democrático con lo liberal y lo liberal con la libertad y a creer que su acción conducirá a una vigencia plena de la democracia y de la libertad en nuestro país. Esa miopía elemental conduce a los que

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Independencia 1194 T. E. 26 - 3265

Se imprime en casa de don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar .... $ 3.—
Suscripción anual .... $ 60.—

hoy nos gobiernan a desterrar por antidemocráticas a las dos únicas fuerzas que en la actualidad trascienden a los pequeños círculos ideológicos y tienen alguna significación nacional: el "lonardismo" y el "frondizismo". El hecho de que ninguna de ellas sea liberal, lleva al gobierno a pensar que son "antidemocráticas". (Aclaramos que a nuestro entender el fronzismo incurre en el error del peronismo de combatir al liberalismo negando libertades elementales).

La gravedad del momento, reside en esta lamentable ficción política que envuelve las esferas gubernamentales, para las cuales, en una eventual salida electoral bastaría con el cotejo de las fuerzas minoritarias liberales entre sí. Ofrecer esta menguada perspectiva electoral a la ciudadanía traería aparejada la imposibilidad de una solución integral del problema político por la vía democrática (las elecciones) y dejaría abierta la puerta a las vías del hecho.

Evidentemente, quienes hoy son los consultores (o consultivos) del Gobierno Provisional no pueden aceptar ninguna otra salida que la del cotejo de *sus* fuerzas. Harto optimistas seríamos si creyéramos que esas fuerzas representan algo más del 15 % de los argentinos. La consecuencia electoral de este hecho, supuesto que se pudiera consumar, será por lo tanto un abstencionismo en gran escala y una grave defraudación popular, precursora de nuevos hechos de violencia.

Difícilmente nuestro ejército, de una rara sensibilidad para la comprensión política, podría permitir que en el momento de las elecciones se vuelva al fraude, en una forma u otra, y aunque este fraude se inspirara en los más puros sentimientos "democráticos", al entender de sus exégetas.

Y es que ciertamente resulta imposible oponer al peronismo la tesis liberal. El peronismo, al levantarse contra la estructura liberal, realizó una etapa histórica necesaria, y la superación del peronismo, implica no volver a crear las condiciones que produjeron el levantamiento del 43, máxime en un estado de cosas en que todo está indicando que nuestra conformación política ha variado enormemente y que hoy, mucho más que entonces, rechaza la perspectiva del retorno.

Si al peronismo se pretende oponer la tesis de los partidos liberales, se afianzará enormemente en nuestro país, y entonces sí que será vana la sangre derramada en setiembre del año pasado.

Quedan pues a la luz, los riesgos que la actual política del Gobierno Provisional trae aparejados para la nación.

Nada podemos decir sobre la actitud que en definitiva adoptará el Gobierno en este asunto. Lo cierto es que, de continuar el camino que se va trazando, la responsabilidad de los graves hechos que en el país podrán acaecer, caerá exclusivamente sobre las espaldas de quienes en noviembre del año pasado desviaron la ruta de paz y concordia sociales iniciada por la Revolución Libertadora para entregarse al servicio de pequeños grupos liberales que ya nada significan.

Sin embargo, tenemos optimismo, en el sentido de que es tan patente y evidente la nueva conformación política argentina, que difícilmente podrá el Gobierno eludir su reconocimiento "de facto" y "de iure", brindando a todos la posibilidad de hacer valer sus programas, sin odiosas inhabilitaciones y sin rótulos inhibitorios, con pleno uso de los más elementales derechos y libertades.

Sólo así podrá el Gobierno Provisional afirmar, con verdad, que ha cumplido un programa de rehabilitación democrática.

Carlos Alberto Quinterno

LA LABOR INTELECTUAL

Hace ya unos años —no muchos—, y a propósito de un libro de un escritor nuestro de buena cabeza aunque lamentablemente demasiado preocupado por lo político, recuerdo haber escrito unas breves reflexiones sobre los modos hispanoamericanos de trabajar las cuestiones del espíritu. Criticaba circunstancialmente entonces, crítica que por otra parte nada tiene de original, esa proclividad tan común en nuestros científicos o, si se quiere, gente dedicada a científicas labores, a buscar lo más pronto posible simples síntesis que los lleven a rechazar —solemne anatema—, o aceptar —categórica consagración—, un autor, tema o escuela determinada. Decía entonces sin aconsejar —que en estos casos lo que escribo suele tener más de soliloquio que de diálogo—, que habría que tener una mayor contracción al texto, una más auténtica rebusca, una más esforzada problematización de temas; en síntesis: un más modesto, doloroso y lleno de renunciamientos quizás, rigor intelectual.

Decía todo esto entonces pero no traté de pretender explicarme las causas o preguntar por los fundamentos, de lo que me parecía y me sigue pareciendo, radical ligereza. No me alcanzaba a explicar pues, porque otra era en la coyuntura mi intención, si acaso hubiera entre esos fundamentos alguno, que señalara de relevante manera este modo de ser de nuestro intelectual. Que debe de haber muchos concurrentes y que sobre todo se podrían llenar muchas carillas de más o menos honrada sociología o, si se quiere, culturología, no me cabe duda alguna. Sin llegar a ello sin embargo, hay entre esas tales causas una que, quizás por simples y casi biográficas circunstancias se me hace muy clara: la versión del intelectual al hacer político.

La crisis de fundamentos por la que parecen estar pasando nuestros institutos de cultura superior, luego de esa magnífica experiencia actualizadora de mil potenciales males que fué el peronismo, paréceme resultar el más claro ejemplo de lo que digo. Es que mucho se ha predicado acerca de la independencia de lo político de la que está necesitado el investigador sin que, sin embargo, parezca haberse aprendido la lección. Es más, creo que, paradojalmente, las cosas se han agudizado. Obsérvese, a guisa de ejemplo, la gula de realizaciones políticas con que actúan las ideologías.

Se olvida de este modo, el lugar original que al científico cabe. "Nuestra existencia —en la comunidad de investigadores, maestros y discípulos— está determinada por la ciencia", indica Heidegger para señalar el res-pecto desde el cual habrá de partirse para enfrentarse honestamente, con el objeto que se quiere investigar. No puede entonces, trastocando esa "pasión" por la ciencia por otra pasión —en el caso la política—, permanecer en intelectual. A propósito de ello escribió Ortega en su "prólogo para "franceses" de la Rebelión de las "masas que la misión del llamado "intelectual es, en cierto modo, "opuesta a la del político. La obra "intelectual aspira, con frecuencia "en vano, a aclarar un poco las "cosas mientras que la del político "suele, por el contrario, confundirlas más de lo que estaban". Resulte o no esta rotunda afirmación orteguiana cierta, y yo estoy porque sí, está claro que las dos (la del intelectual y la del político), son faenas distintas y que, naturalmente, es grave error político como lo es científico, el confundirlas. Tanto más grave el subordinar la una a la otra.

Esto pues de andar "politizado", se me hace entonces que es origen de las ligerezas que recordaba al principio. Porque en esta su politización pierde el intelectual su debida compostura o posición que le cabe en el respecto del que debe partir para hacer de las cosas destino de su preguntar. Pierde su compostura y, a la vez, urge los temas en busca de una solución que le pide, imperiosamente, esa situación política en la que se encuentra vertido. Claro está que las cosas no son tan claras: no se trata de subordinar groseramente la verdad científica al interés político, porque esto sería ya caricatura. Es algo más sutil, es cuestión de tónica, de leve inclinación, de blanda proclividad. Y como quiera que el intelectual es hombre como cualquier otro, con sus pasiones y sus preferencias, fácil es no habiendo un dique o conciencia establecida, sobre la conveniencia de esta radical separación, que se incurra en aquella falta de rigor.

Porque, y no está de más insistir en ello, la labor intelectual que es la resultante de un enfrentarse a las cosas de una vida, exige, para que esa vida se adecúe y sea apta a ese enfrentamiento, que sea una vida teorética. Contra ello luchan hoy con todas sus fuerzas las complicaciones de todo orden, en público y en lo privado, que llegan a convertir en agudo problema los más elementales resortes sobre los que se halla montada nuestra existencia. "La urgencia —señalará en especial X. Zubiri—, arrastra al hombre contemporáneo y su interés se vuelca en lo inmediato. De ahí la grave confusión entre lo urgente y lo importante, que conduce a una sobreestimación de las decisiones voluntarias respecto de la remota e inoperante especulación teorética". Y si esto es así en un plano humano general, que nos coloca lamentablemente a sideral distancia de la vida de aquel hombre que el griego definió como "byos teoréticos", cuánto más grave ha de ser el desencuentro con su labor que se produzca en aquel cuya existencia "está determinada por la ciencia". Por todo ello, y porque nuestra vida nos va en ello es que quisiera recordar una vieja invitación de Platón que hace suya Hegel al comienzo de su Lógica: "retirémo-"nos a las tranquilas moradas del "pensar que ha entrado en sí mis-"mo, y en sí mismo permanece, "donde callan los intereses que "mueven la vida de los pueblos y "de los individuos".

Carlos Alberto Florit.

SUMARIO